

843,  
Z.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

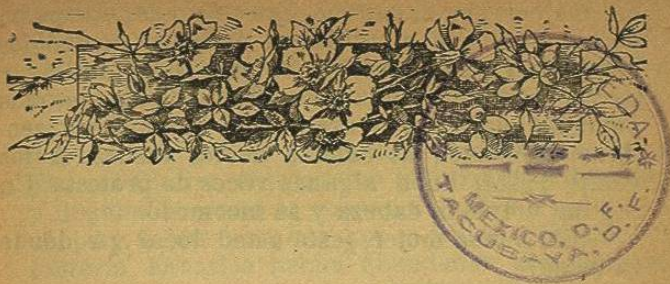
PQ2500  
A)  
v. 2.

*Publicada por la Casa Editorial  
Maucci, con autorización de El  
NERVIÓN, de Bilbao.*

**CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

Imprenta de la Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228



# La Débâcle

(EL DESASTRE)

## IV

Sobre el camino de Balan, Enriqueta tuvo que andar primero muy de prisa. No eran más de las nueve; la ancha carretera, bordeada de casas y de jardines, estaba libre aún, obstruida, sin embargo, cada vez más, á medida que se acercaba á Balan, por los vecinos que huían y por las tropas que maniobraban. A cada nueva oleada de gente, se aproximaba contra las paredes, se escurría y seguía avanzando. Y su cuerpo delgado, vestido con su traje oscuro, con su hermoso pelo rubio y su cara diminuta, medio ocultos bajo la toquilla de encaje negro, no llamaba la atención, y nada moderaba su paso ligero y silencioso.

Pero en Balan un regimiento de infantería de



marina cerraba el camino. Era una masa compacta de hombres que aguardaban órdenes, escondidos detrás de grandes árboles. Se puso de puntillas y no vió el fin de aquella masa. Trató de hacerse más pequeña aún, para escurrirse. La empujaban, sentía en el costado las culatas de los fusiles. A los veinte pasos, hubo algunas voces de protesta. Un capitán volvió la cabeza y se incomodó.

—¡Eh! buena mujer, ¿está usted loca? ¿A dónde va usted?

—Voy á Bazeilles.

—¿Cómo á Bazeilles?

Estalló una carcajada general. La señalaban con el dedo, se burlaban de ella. El capitán, más tranquilo, añadió:

—¡A Bazeilles! ¡Ya podía usted llevarnos en su compañía!... Estábamos allí hace un momento y creo que volveremos; pero la prevengo que allí no hace frío.

—Voy á Bazeilles á buscar á mi marido,—declaró Enriqueta con voz suave, mientras que sus ojos de un azul pálido, reflejaban su decisión tranquila.

Dejaron de reír, un sargento la sacó de entre las filas, obligándola á volver hacia atrás.

—¡Buena mujer, ya ve usted que no es posible pasar... No es cosa fácil para una mujer ir á Bazeilles en estos momentos... Ya encontrará usted más tarde á su marido... ¡Vamos, atienda usted á razones!

Tuvo que ceder; se paró, empujándose á cada momento para ver á lo lejos, empeñada á continuar la caminata. Lo que oía decir en su alrededor le servía para formarse idea de lo que había pasado. Los oficiales se quejaban amargamente de la orden de retirada, que los había obligado á abandonar Bazeilles, desde las ocho y cuarto, cuando el general Ducrot, al suceder en el mando del ejército al mariscal Mac Mahon, había querido concentrar

las tropas sobre la meseta de Illy. Lo peor era que el 1.<sup>er</sup> cuerpo, habiendo retrocedido demasiado pronto, entregó el valle del Givonne á los alemanes, y el 12.<sup>o</sup> cuerpo, atacado con mucho brío de frente, había sido desbordado por su flanco izquierdo. Y ahora que el general Wimpffen sucedía al general Ducrot, el primitivo plan volvía á dominar, y llegaba la orden de ocupar Bazeilles á todo trance, para echar á los bávaros al Meuse. ¿No era una tontería haberles hecho abandonar una posición que tenían que tomar ahora, cuando el enemigo era dueño de ella? ¡Estaban dispuestos á hacerse matar, pero no por capricho!

Hubo en aquel momento un gran movimiento de hombres y de caballos; el general Wimpffen se presentó, firme sobre los estribos, la cara ardiente y exaltado, dijo:

—Amigos míos, no podemos retroceder, sería el acabóse... Si tenemos que batirnos en retirada, iremos sobre Carignán, de ningún modo sobre Mezieres... ¡Pero venceremos; los habéis derrotado esta mañana y los derrotaréis ahora!

Se alejó al galope por un camino que subía hacia la Moncelle. Circulaban rumores según los cuales había tenido con el general Ducrot una discusión violenta, sosteniendo cada cual su plan y atacando el del contrario, declarando uno que la retirada sobre Mezieres no era posible desde aquella mañana, y profetizando el otro que antes de la caída de la tarde, si no se retiraban sobre la meseta de Illy, el ejército se vería encerrado. Se habían acusado mutuamente de no conocer el país ni la verdadera situación de las tropas. Lo peor era que los dos tenían razón.

Hacia un rato que Enriqueta estaba distraída de su afán de avanzar. Acababa de reconocer en el borde del camino, toda una familia de Bazeilles, de pobres tejedores, el marido, la mujer y tres hijas,



la mayor de nueve años. Estaban tan destrozados, tan rendidos de cansancio y tan desesperados, que no habían podido ir más allá.

—¡Ah! mi querida señora,—decía la mujer á Enriqueta,—no tenemos ya nada... Ya lo sabe usted, nuestra casa estaba en la plaza de la Iglesia y una granada la ha pegado fuego. No sé cómo hemos podido salvarnos.

Las tres niñas al recordar aquella escena empezaron á llorar, mientras que la madre continuaba dando detalles acerca de la misma.

—He visto arder el telar como si fuera paja... las camas, los muebles, todo ha ardido... y hasta el reloj, sí, el reloj que no he podido coger.

—¡Dios de Dios!—dijo el marido, de cuyos ojos caían lagrimones,—¿qué va á ser de nosotros?

Enriqueta, para tranquilizarlos, dijo en voz baja:

—Están ustedes juntos, sanos y salvos; ¿de qué se quejan ustedes?

Después preguntó, quiso saber lo que había ocurrido en Bazeilles, si habían visto á su marido y cómo habían dejado la casa. Pero con el espanto que les había trastornado, sus contestaciones eran contradictorias. No, no habían visto al señor Weiss. Una de las niñas dijo que le había visto sobre la acera, tendido y con un boquete en la cabeza y su padre le largó una bofetada para hacerla callar, porque, según él, mentía. En cuanto á la casa debía de estar en pie cuando habían huido y aun recordaban haber notado al pasar que la puerta y las ventanas estaban bien cerradas, como si no hubiese nadie dentro. En aquel momento los bávaros sólo ocupaban la plaza de la Iglesia y tenían que tomar el pueblo calle por calle, casa por casa. Pero debían haber ganado mucho terreno, todo Bazeilles debía arder en aquel momento. Y aquellas pobres gentes continuaban hablando de esas cosas, asustados aún, moviendo los brazos y evocando la horri-

ble visión; los tejados ardiendo, la sangre que corría y los muertos que cubrían la tierra.

—¿Y mi marido?—repitió Enriqueta.

No contestaban ya, lloraban tapándose la cara con las manos. Se quedó allí presa de una ansiedad atroz, temblando un poco, pero sin desfallecer. ¿Qué debía hacer? Aunque se esforzaba en creer que la niña se había equivocado, veía á su marido atravesado en la calle, con la cabeza abierta por una bala. Después, aquella casa tan herméticamente cerrada la preocupaba. ¿Por qué estaba cerrada? ¿No estaba allí? La certidumbre de que había muerto la heló el corazón. Pero tal vez sólo estuviese herido y la necesidad de ir allá, de estar á su lado, la empujaba de tal modo, que quería intentar atravesar las filas de nuevo. En aquel momento las cornetas tocaban marcha.

Muchos de aquellos soldados bisoños habían llegado de Tolón, de Brest y de Rochefort, con muy poca instrucción y sin haber sido aun fogueados, y ya desde por la mañana se batían como unos veteranos. Ellos que, desde Reims á Meuzon, habían caminado tan pesadamente por la falta de costumbre, se revelaban ahora como los más disciplinados, los más fraternalmente unidos por aquellos lazos que impone el deber y la abnegación frente al enemigo. Tocaban las cornetas y volvían al fuego, volvían al ataque á pesar de la cólera que sentían. Tres veces les habían prometido enviarles en su apoyo una división que no llegaba nunca. Se veían abandonados y sacrificados. Les pedían su vida á todos llevándolos de nuevo á Bazeilles, después de haberlo evacuado. Y lo sabían y daban su vida sin sublevarse, apretando las filas, abandonando los árboles que los protegían para ir á recibir balas y granadas.

Enriqueta lanzó un suspiro. ¡Por fin marchaban! Los siguió, creyendo poder llegar con ellos, dis-



puesta á echar á correr si corrían. De nuevo se pararon, llovían los proyectiles é iba á ser necesario para recuperar á Bazeilles ganar cada metro de camino, apoderarse de las callejuelas, de las casas, de los jardines, á derecha é izquierda. Las primeras filas habían empezado á tirar y sólo avanzaban á saltos, los menores obstáculos hacían perder mucho tiempo. Nunca podría llegar si se quedaba á la cola, aguardando la victoria.

Entonces formó el proyecto de llegar á Bazeilles por aquellas vastas praderas que bordean el Meuse, aunque no comprendía bien cómo podría hacerlo. De pronto se quedó parada frente á un pequeño mar, inmóvil, que la cerraba el camino por aquel lado. Eran las tierras bajas que habían sido inundadas, formando un lago de defensa, y de las cuales no se había acordado. Quiso volver hacia atrás, pero después se arraigó, siguió por el borde, en la hierba mojada, hundiéndose hasta la canilla. Así anduvo un centenar de metros. Después tropezó con la pared de un jardín, el terreno se hundía, el agua chocaba contra el muro, de una profundidad de dos metros. Era imposible pasar. Apretaba los puños de rabia, tuvo que hacer un esfuerzo para no empezar á llorar. Pasados los primeros momentos, se serenó, bordeó el muro, se creyó salvada, porque conocía aquel dédalo, aquellos senderos que conducían al pueblo mismo.

Pero allí caían granadas. Enriqueta se quedó parada, muy pálida, aterrada por el estrépito de un disparo. Un proyectil acababa de estallar delante de ella, á algunos metros. Volvió la cabeza, examinó las alturas de la margen izquierda, donde estaban emplazadas las baterías alemanas; comprendió entonces de donde venía el peligro y siguió andando con los ojos fijos en el horizonte, buscando las granadas para evitarlas. En la temeridad loca de su carrera se hallaba sostenida por su sangre fría,

por toda aquella tranquila bravura de que se hallaba poseída su alma y de que tantas pruebas había dado en el rudo combate por la vida. No quería que la mataran, quería encontrar á su marido, cogerle, vivir juntos, felices aún. Las granadas caían sin cesar, andaba pegada á las paredes, aprovechando los resquicios de las puertas. Se presentó un espacio al descubierto, al final de un camino destrozado, cubierto de pedazos de granadas; y aguardaba bajo un cobertizo, cuando vió delante de sí, en un agujero que casi tocaba con el suelo, la cabeza curiosa de un niño que miraba. Era un chiquelo de unos diez años, descalzo, vestido con una camisa y un pantalón hecho pedazos, algún mero deador á quien la batalla divertía. Sus ojillos negros brillaban y á cada disparo gritaba alegremente:

—¡Qué bonitos son!.. ¡No se mueva usted!... ¡Ahí viene una!... ¡Bum! ¡vaya un ruido que ha hecho esa!... ¡No se mueva, no se mueva usted!

Y á cada disparo se bajaba al fondo del agujero, reaparecía, levantaba la cabeza para volver á desaparecer.

Enriqueta notó entonces que las granadas venían del Liry, mientras que las baterías de Pont Maugis y de Noyers sólo tiraban sobre Balán. Veía perfectamente el humo á cada disparo; después oía el silbido que seguía al cañonazo. Debió de haber un descanso porque se disipó la humareda, lentamente.

—¡Con seguridad que están echando un trago!— dijo el rapaz.—¡Pronto! ¡pronto! ¡deme usted la mano, vamos á marcharnos!

La cogió la mano, la obligó á que le siguiera; y los dos corrieron, juntos, bajando la cabeza, salvando así el espacio descubierto; al llegar al otro extremo, al ocultarse detrás de un montón de haces, se volvieron y en aquel momento vieron que una



granada caía sobre el cobertizo que acaban de dejar. El estrépito fué horrible, el cobertizo se vino á tierra.

El chicuelo se volvió loco de alegría, encontrando aquello muy divertido.

—¡Bravo! ¡bien! ¡Vaya un destrozol!... ¡Pues lo hemos dejado á tiempo!

Pero otra vez Enriqueta tropezaba contra obstáculos infranqueables, contra unas tapias de jardín, sin camino alguno. Su pequeño compañero saltó sobre la tapia, se reía, decía que siempre había un medio de pasar. Después la ayudó á saltarla y se encontraron al otro lado, en una huerta sembrada de judías y de guisantes. Estaba cercada por todas partes y para salir de allí tuvieron que pasar por la casa del hortelano. El, silbando, con los brazos al aire, marchaba el primere, no extrañándose de nada. Abrió una puerta, se encontró dentro de una habitación, pasó á otra, donde había una mujer anciana, la única persona que había quedado allí. Parecía estar atontada, de pie, cerca de una mesa. Miró aquellos dos desconocidos que pasaban por su casa y no les dijo una palabra ni ellos tampoco. En seguida salieron á una callejuela por donde anduvieron un rato. Después se les presentaron otros obstáculos, durante un kilómetro, saltaban tapias, franqueaban zanjas, una carrera por el camino más corto, por las puertas cocheras, por las ventanas de las habitaciones que lograban franquear. Los perros ladraban, estuvieron á punto de caer atropellados por una vaca. Pero debían acercarse, un olor de incendio llegaba hasta ellos, grandes humaredas rojizas, parecidas á gasas volantes, obscurecían á cada momento el sol.

De pronto, el muchacho se detuvo y se plantó delante de Enriqueta.

—Dígame señora, ¿á dónde va usted?

—Pero ya lo ves, á Bazeilles.

Silbaba, se echó á reír, como un chicuelo que se escapa de la escuela.

—A Bazeilles... ¡Ah! pues yo no voy por allí... Yo voy á otra parte. Adiós.

Se escapó, se fué como había venido, sin que pudiese saber de dónde salía ni á dónde iba. Le había visto asomar por un agujero y le perdió de vista detrás de una pared, y nunca volvería á verle.

Cuando se encontró sola, Enriqueta tuvo miedo. No era una gran protección la que podía prestarle aquel niño, pero su charla la entretenía. Y ahora temblaba, ella tan valiente. Las bombas habían cesado de caer, los alemanes no tiraban sobre Bazeilles por temor, sin duda, de matar á sus compañeros, dueños del pueblo. Pero desde algunos instantes oía silbar las balas, ese zumbido de moscones de que la habían hablado y que ahora recordaba. A lo lejos había tal confusión, tal clamoreo, que no oía ni el ruido de los disparos, tan violentos eran los clamoreos. Al dar la vuelta á una casa, oyó, cerca de su oído, un ruido apagado, la caída de un trozo de yeso, que la hizo detenerse: una bala acababa de empotrarse en la fachada, y quedó allí, quieta, paralizada. Después, antes de saber si tendría valor de continuar, recibió en la frente un golpe como un martillazo y cayó de rodillas, atontada. Una segunda bala al rebotar la había rozado cerca de la ceja izquierda, pero sin penetrar dentro de la cabeza. Se llevó las manos á la frente y las retiró ensangrentadas. Pero había sentido que tenía la cabeza sana, intacta bajo sus dedos y dijo en alta voz, como para darse ánimos.

—No es nada, no es nada. Vamos, no tengo miedo, ¡no! no tengo miedo...

Y era verdad; se levantó, echó á andar entre las balas, sin preocuparse, sin miedo, sin darse cuenta del peligro que corría, como una criatura que hace el sacrificio de su vida. No intentaba ocultarse, pro-



tegerse, marchaba derecha, con la cabeza alta, no alargando el paso más que con el deseo de llegar antes. Los proyectiles se aplastaban á su alrededor; más de veinte veces estuvo expuesta á morir, y no hacía caso. Su deseo de llegar, su ligereza al andar, su actividad de mujer callada, parecían ayudarla, y ella, tan delicada, pasaba por entre aquel peligro, tan fina, tan suelta, que escapaba á él. Estaba por fin en Bazeilles, tomó por mitad de un sembrado para llegar á la calle que servía de carretera y que atraviesa el pueblo. Al desembocar, vió á unos doscientos metros, su casa que ardía, con el tejado aplastado y saliendo por las ventanas bocanadas de humo negruzco. Eetonces echó á correr.

Weiss, desde las ocho, se había encerrado allí, separado de las tropas que se replegaban. El regreso á Sedán se había hecho imposible, porque los bávaros, desbordándose por el parque de Montivillers, habían cortado la línea de retirada. Estaba allí solo con el fusil y los cartuchos que le quedaban, cuando vió delante de la puerta unos diez soldados, que se habían quedado atrás, como él, aislados de sus compañeros, buscando con la vista un refugio, para vender cara su vida. A escape bajó y les abrió la puerta y entonces la casa tuvo una guarnición, un capitán, un cabo, ocho hombres, todos fuera de sí, rabiosos, dispuestos á no rendirse.

—¡Calle! Lorenzo, ¿es usted de los nuestros?— dijo Weiss, sorprendido de ver entre ellos á un muchacho delgado, que tenía un fusil en la mano, cogido, sin duda, al lado de un cadáver.

Lorenzo, con pantalón y chaqueta de tela azul, era un jardinero de las cercanías, de unos treinta años, que había perdido á su mujer y á su madre, muertas á consecuencia de la misma enfermedad.

—¿Por qué no había de formar parte?—dijo,—no

tengo más que este cuerpo y bien puedo darlo. Y además, esto me entretiene, pues ya sabe usted que no soy manco, y va á tener que ver; tumbar á uno de cada tiro.

El teniente y el cabo inspeccionaban la casa. Nada había que hacer en la planta baja y se contentaron con colocar los muebles contra las puertas y ventanas para hacer sólidas barricadas. Después, en las tres habitaciones del primer piso y en el granero, organizaron la defensa, aprobando desde luego los preparativos hechos por Weiss; los colchones que defendían las ventanas, las troneras abiertas á distancias iguales. Al asomarse el capitán para ver los alrededores oyó gritos de un niño.

—¿Qué es eso?—preguntó.

Weiss se acordó entonces de Carlitos; enfermo con la cara roja pidiendo agua á su madre, que ya no podía contestarle, con la cabeza destrozada, muerta en la acera. Y al recordar aquella visión dolorosa, contestó:

—Es un pobre chico, enfermo, cuya madre ha muerto, deshecha por una granada.

—Tienen que pagarlo muy caro,—dijo Lorenzo.

Sólo llegaban aún á la fachada algunas balas perdidas. Weiss y el capitán, acompañados del jardinero y de dos hombres, habían subido al granero desde donde podían vigilar el camino. Le veían oblicuamente hasta la plaza de la iglesia. Esa plaza estaba ahora en poder de los bávaros, pero no avanzaban mucho, tomaban muchas precauciones. En una callejuela, un puñado de soldados los contuvo cerca de un cuarto de hora, haciendo un fuego tan nutrido que los muertos se amontonaban. Después fué en una casa, en otro esquinazo de la que tuvieron que apoderarse antes de pasar adelante. En un momento en que la humareda se había disipado vieron á una mujer que disparaba desde una ventana. Era la casa de un panadero en la